

Gobernar es vigilar. Miradas nacionalistas sobre la Patagonia (1934-43)*

Ernesto Bohoslavsky**

Patagonia – nacionalismo – antisemitismo

A mediados de 1935, el lector del diario nacionalista *Crisol* no podía menos que quedar azorado de las noticias: ante la vista gorda de las autoridades nacionales, el cónsul chileno en Neuquén repartía semillas de alfalfa entre sus compatriotas con la intención de crear potreros que sirvieran como pistas de aterrizaje para un inminente bombardeo a los yacimientos petrolíferos de Comodoro Rivadavia y Plaza Huincul (*Crisol*, 26/VII/1935, 1). La usurpación de la Patagonia había sido previamente planificada por el Estado Mayor del ejército chileno una vez que se había reunido en una estancia neuquina (*Crisol*, 4/VIII/1935, 1). Alejándose de la Cordillera, la situación no era más alentadora. La ciudad de Zapala, también en Neuquén, era considerada “la menos argentina de todas las poblaciones patagónicas” porque todas sus autoridades eran judías. Zapala era llamada la “segunda Palestina”. Su intendente, el “judaizante” Ortega, era uno de los propietarios de la usina eléctrica, que estafaba al municipio. De hecho, Ortega se habría convertido a la fe de Israel y cambiado su apellido a Orteguinsky (*Crisol*, 26/VII/1935, 3).

* Este trabajo fue realizado mediante un subsidio de la Fundación Antorchas. Una versión el mismo fue presentada en la mesa “Autoritarismo, integrista y antisemitismo en la cultura política argentina”, organizada por Luis Bonano, Ignacio Klich y Roberto Pucci en las *Xª Jornadas Interescuelas/ Departamentos de Historia* (Rosario, septiembre de 2005).

** Universidad Nacional de General Sarmiento – CONICET, ebohosla@ungs.edu.ar

Este artículo no procurará demostrar cuán profundamente falsas, arteras y malintencionadas eran estas “caracterizaciones” de la Patagonia realizadas por nacionalistas en los años treinta. No se trata sólo de que fueran mentiras flagrantes, invenciones pagadas por la embajada de la Alemania nazi o ejercicios de distracción política. Lo que aquí se intentará es, más bien, realizar una suerte de comprensión de por qué la Patagonia fue reiteradamente utilizada para ambientar la aparición del espectro de la Antipatria entre 1934 y 1943 por parte de los grupos nacionalistas. Éstos denunciaban que la población extranjera residente en territorio austral y la judía nacida en el país constituían un enclave que amenazaba con generar una segregación territorial. Especialmente agrias se hicieron estas “descripciones” a partir de 1939, cuando se difundió el llamado *Affaire Patagonia*, un supuesto plan nazi para ocupar las costas patagónicas.

Algunas de estas expresiones nacionalistas de los años treinta constituyen el origen de creencias de larga duración en el imaginario derechista argentino, como la noción del deseo de “los judíos” de crear una unidad político-territorial en la Patagonia. La creación y difusión de ésta y otras tantas mentiras formó parte del repertorio usado por los países que chocaron en la segunda guerra mundial. Este enfrentamiento se caracterizó por el uso de las técnicas de guerra psicológica y la intensificación de las maniobras de engaño con información falsa y malintencionada. Difundir rumores, incentivar miedos, falsificar documentos fueron algunas de las actividades desplegadas por los contendientes europeos en los países neutrales. Tanto alemanes como aliados se dedicaron a esparcir por sus áreas de influencias y por canales diplomáticos y de espionaje todo tipo de “evidencias” sobre las intenciones del adversario. El *Affaire Patagonia* fue una versión británica de este tipo de “operaciones”, mientras que la respuesta alemana fueron las diatribas anglóforas y luego antinorteamericanas promovidas por su prensa adicta en Argentina, como era *El Pampero*. De allí que resulte imprescindible apreciar el contexto internacional entre 1933 y 1945, pues él permite apreciar las fuentes y orígenes de los procesos de intoxicación ideológica y de invención de leyendas: pero el análisis de la verosimilitud, recepción y perdurabilidad de cada uno de estos discursos es un tema que nos devuelve a la escala nacional, a las creencias y prácticas políticas propias de cada una de las sociedades que, a su pesar, se vieron involucradas en la segunda guerra.

Este artículo se abre con una breve descripción sobre el incremento de las intervenciones de diversas agencias públicas, instituciones y grupos sociales en la Patagonia en el período 1934-1943, lo que da cuenta de un giro copernicano en cuanto a las preocupaciones sobre este espacio. A continuación se ofrece una síntesis de las principales ideas expresadas por dos voceros del nacionalismo (*Crisol* y *El Pampero*) acerca de cómo era la Patagonia, sus principales conflictos y las medidas necesarias para salvarla de la penetración de los extranjeros de afuera (ingleses, chilenos) y de adentro (judíos). Finalmente, las conclusiones sugieren algunas ideas para comprender las razones de la atracción que le suscitó el espacio patagónico a las fuerzas nacionalistas de entonces (y de décadas posteriores).

I – La Patagonia en la agenda pública

Terminada la primera guerra mundial, la provisión de combustibles y recursos para la industria bélica se transformó en una preocupación para los militares argentinos: la gran guerra había desnudado las “dependencias críticas” de la seguridad nacional. La supervivencia del carácter agrario del país comenzó a ser percibido por la corporación castrense como un riesgo para la propia seguridad nacional ya que perpetuaba la dependencia de las importaciones industriales y de combustibles (Rouquié, 1983). Es por eso que desde los años veinte, y con mayor intensidad desde 1930, los militares promovieron la creación de industrias que aseguraran la autonomía de la defensa nacional. En este marco, poseer y explotar el petróleo era más un imperativo estratégico que una oportunidad económica. La creación de YPF en 1922, la “argentinización” de sus trabajadores y su promoción de la industrialización local del petróleo ilustran la nueva sensibilidad nacionalista en materia de defensa (Márquez 1995:107; Masés *et al.* 1994: 128; Rouquié 1983:168). La extracción de petróleo y carbón a cargo de empresas controladas por el estado (YPF, YCF) era considerada una actividad indelegable e impostergable: estas empresas se encargaban de asegurar la soberanía nacional y de proveer la energía y materias primas necesarias para garantizar autarquía económica y seguridad nacional (Cabral Márquez 2003:194-199; Márquez 1995:123; Ballent y Gorelik 2001:148).

Dentro de esta reformulación económica, militar y política en los años treinta, la Patagonia estaba llamada a ocupar un lugar mucho más relevante del que había tenido hasta entonces. Considerada desde 1870 como la tierra de promisión y colonización (la “Australia argentina”), en tiempos cercanos a la segunda guerra fue vista desde unas coordenadas más cercanas a la geopolítica del *lebensraum*. Entre 1932 y 1943 la actividad estatal en el sur alcanzó una intensidad inusitada: ese interés se sustentaba en la creencia de que la Patagonia contribuiría con sus recursos energéticos a la seguridad nacional y la industrialización (Vilaboia y Bona 2003: 220). De hecho, “seguridad” y “desarrollo nacional” pasaron a ser las claves para percibir a la Patagonia hasta la década de 1990. Como expresó Aranciaga (2004:99) hacer “patria” en Patagonia a mediados del siglo XX equivalía a “producir”.

La cercanía que se suponía entre seguridad nacional y economía ayuda a entender el simultáneo establecimiento en la Patagonia de asentamientos militares y de empresas estatales dedicadas a la explotación del subsuelo. La instalación de guarniciones militares y de artillería entre 1940 y 1943 (Neuquén, Comodoro Rivadavia y Río Gallegos) y la creación de la gendarmería en 1938 expresan esa preocupación (Navarro Floria 1999:158). En igual sentido fueron la posterior concreción de la gobernación militar de Comodoro Rivadavia (1944-1955) y de “Zonas de Seguridad” en la frontera (Cabral Márquez 2003:193). Las denuncias de la presencia nazi en la costa patagónica a partir de 1939, así como las sospechas sobre las maniobras de la Royal Navy en el Atlántico sur, contribuyeron a multiplicar las preocupaciones por la integridad territorial en círculos militares y políticos argen-

tinios. La actividad pública no fue protagonizada sólo por torres petroleras y cuarteles militares. La instauración de la Dirección Nacional de Vialidad en 1932 permitió extender la red vial en Patagonia: otro tanto ocurrió con el ferrocarril, que en 1934 permitió que los turistas porteños llegaran a Bariloche. El Ministerio de Agricultura declaró a 1937 como el “Año de la Patagonia” y efectuó múltiples actividades tendientes a promover su desarrollo agroganadero, incluyendo una gira del ministro del ramo (Ministerio de Agricultura, 1938: 571-620).

Esta ocupación física fue acompañada de una colonización simbólica. Carlos Masotta (2001) ha destacado la creación de espacios conmemorativos en el sur gracias al funcionamiento de comisiones de homenaje a finales de la década de 1930. Los monumentos y estatuas creados en la Patagonia tenían en el centro de esa memoria institucional al presidente Julio A. Roca como héroe “civilizador” del desierto. También el cine retomó a la campaña militar de 1879 como objeto de homenaje.¹ Junto a esta marcada intervención material y simbólica del estado crecieron las preocupaciones sociales y políticas sobre el Sur. El Círculo Militar llamó a un concurso de ensayos sobre los problemas patagónicos en 1935. En 1940 se creó en Bariloche el Museo de la Patagonia y en 1942 la “Asociación Amigos de la Patagonia”. En la sede de la Sociedad Rural Argentina se desarrolló en 1941 la “Exposición Permanente de la Patagonia”.

II – Crisol y El Pampero

En los años que corren entre el golpe de estado de 1930 y el inicio de la experiencia peronista se vivieron significativas mutaciones políticas y sociales en el país. Una de ellas fue el crecimiento organizativo y la ampliación del apoyo que obtuvieron los grupos nacionalistas. Éstos no sólo se hicieron eco de las preocupaciones públicas por el sur, sino que las ampliaron, e intentaron apropiárselas o desviarlas hacia sus puntos de vista. Dos voces destacadas dentro de este campo ideológico, *Crisol* y *El Pampero*, ilustran el alza de inquietudes por la Patagonia.

El diario *Crisol*, creado en 1932, fue una de las más importantes publicaciones nacionalistas de la entreguerra. La dirección estuvo a cargo del “Jefe del Nacionalismo” o “Primer Camarada”, Enrique P. Osés. Su financiación provenía de la embajada alemana en Buenos Aires y de publicidad de empresas germanas y de organismos públicos (Buchrucker 1987:226; Lvovich 2003:325; Rouquié 1983:297). *Crisol* fue uno de los medios que más esfuerzos hizo por difundir creencias y prácticas judeófobas en tierras rioplatenses, al punto de convertirse en un “órgano de agitación pronazi dirigido a un público popular”. (Lvovich 2003:300). La tarea de propaganda del régimen de Hitler se complementaba con la organización de visitas a la

1. A la exaltación del Ejército y su “misión civilizadora” apuntaban los films *Viento norte* (1937), *Huella* (1941), *Fortín alto* (1941), *Frontera sur* (1943), *Pampa bárbara* (1946) y *El último perro* (1955).

“Nueva Alemania” y a la Italia fascista. Aunque nacido con una escuálida tirada de 4.000 ejemplares, el periódico afirmó que llegó a publicar más de 22.000, un número que no ha podido ser contrastado con otras fuentes no nacionalistas (Lvovich 2003:300; Rouquié 1983:297). En la arquitectura discursiva de *Crisol*, los males de Argentina y el mundo eran el resultado de la dominación judía. La particularidad de *Crisol* no residía tanto en tematizar la “cuestión judía” –aspecto compartido por otras voces nacionalistas y católicas– sino en que ésta tenía una absorbente preeminencia. El antisemitismo de *Crisol* no se explica sólo por la financiación nazi, ya que otros medios que recibían esos subsidios no tenían el mismo nivel de judeofobia: la clave parece ser que el antisemitismo era central en el conspiracionismo de su director (Lvovich 2003:324).

El Pampero (1939-1944), al igual que *Crisol* fue dirigido por Osés y financiado por la Alemania nazi (Newton 1995). Pero *El Pampero* fue mucho más que un órgano de agitación judeófoba como *Crisol*: un número de páginas mayor y abundante información deportiva lo hacían un medio más atractivo para el público popular. Los 75.000 ejemplares diarios que decía vender dan cuenta de que constituía una empresa editorial con pretensiones de masividad (Lvovich 2003:311). Esta tirada parece exagerada, por cuanto hay consenso en la literatura en que los proyectos de crear, sostener y expandir a la prensa pro-Eje se encontraron no sólo con la resistencia del grueso de los medios de comunicación sino con la proveniente de los partidos políticos y de la población en general (Rapoport, 2000:294; Robertson 1948:35; Tato y Romero 2002:160 ss.). Es muy probable que esta declaración sobre los volúmenes de circulación fuera exagerada y apuntara, en realidad, a retener el mecenazgo de la embajada alemana y a tentar a potenciales empresarios germanos a interesarse en publicitar en *El Pampero*.

Ambos periódicos se dedicaron a denunciar la decadente situación de la argentinidad en el sur e intentaron convertirse en voceros y defensores de sus pobladores “criollos” e indígenas (*Crisol* 26/VIII/1934, 1; 17/VII/1935, 1). Dentro de la arquitectura textual de *Crisol*, la Patagonia retuvo singular relevancia: su preocupación giraba en torno a la idea de que allí la argentinidad se mostraba escuálida frente a la extranjería y sus actividades económicas. *El Pampero* insistió en denunciar las pretensiones británicas sobre el espacio patagónico, a la vez que intentó desmentir cualquier tipo de pretensión nazi sobre ese mismo territorio. Corresponsales y “amigos” abastecían de noticias desde la Patagonia, a la vez que reproducían en el sur el arsenal ideológico producido en Buenos Aires. Las disputas periodísticas entre los “notables” patagónicos alcanzaban eco en la prensa nacionalista porteña: ésta jugaba sus cartas en esas bregas, identificando a sus aliados en el interior.²

2. Algunos de ellos eran *Albores* y *La cruz del sur* (Trelew), *Flores del campo* (Viedma) y *El Territorio* (Neuquén). *Crisol* 12/VII/1935, 1; 18/IV/1935, 1; 25/X/1935, 1.

A efectos de demostrar su compromiso con la causa patagónica, *Crisol* y *El Pampero* incluían cartas de lectores residentes en Patagonia o fotografías de los pobladores e indígenas patagónicos que los visitaban en sus redacciones (*Crisol* 10/VIII/1935, 1; 8/V/1935, 1). La notoria presencia de los discursos producidos en la Patagonia –a la vez que sobre la Patagonia– le daba a estas publicaciones un halo de verosimilitud y de compromiso con el “progreso” de la región. *Crisol* y *El Pampero* afianzaron los vínculos con pobladores e instituciones de la Patagonia organizando actividades, como colectas de ropa (*El Pampero* 4/XI/1939, 4), giras artísticas y campañas que involucraban problemas del sur (la tierra fiscal, promoción de la explotación del carbón, etc.).³ El director Osés, que solía realizar viajes de propaganda al interior, en mayo de 1943 visitó la Patagonia protagonizando enfrentamientos armados (Bohoslavsky 2003; Zuleta Álvarez 1975:287).

III - El enemigo en la Patagonia

En la lectura conspirativa que los grupos nacionalistas fueron desarrollando durante los años treinta tenía un lugar central la imagen del enemigo. Éste tenía múltiples y contradictorias caras, además de una demoníaca inteligencia. Una de las más importantes cabezas de esta hidra imaginaria era “el judío”, quien a través de sus brazos capitalistas, liberales, ateos y comunistas había conseguido hacerse de los más importantes resortes del poder político y económico de Argentina. La Patagonia no había quedado al margen de esta voracidad judía, según denunciaban. El nacionalista Oscar Wilet así lo expresó en 1934:

¡Cereales, campos, fábricas, petróleo, todo, todo lo están acaparando! ¡Todo, todo, ya les está perteneciendo! Por lo pronto caben preguntas ¿De quién son las Malvinas? ¿De quién es el Chaco? ¿De quién la Patagonia? ¡Hay en ellos demasiados intereses del judaísmo, como para seguir tranquilos pensando que son nuestros! (Lvovich, 2003: 483).

La “plaga semítica” estaba instalada en la Patagonia. Los israelitas allí instalados realizaban tareas de espionaje y agredían a las autoridades civiles y eclesiásticas, ante la inacción de los gobernantes (*Crisol* 20/IX/1934, 1; 20/IX/1935, 2). En el sur el régimen latifundista dominado por los judíos, como un pulpo, anulaba la posibilidad de que los “verdaderos” argentinos, accedieran a la propiedad del suelo según *Bandera Argentina* (12/V/1935, 1). Estos latifundistas patagónicos se de-

3. La más importante de estas empresas político-culturales fue la gira patagónica del folklorista Ernesto Ochoa, organizada por *El Pampero* en 1940, destinada “a la argentinización del alma de estas poblaciones, sumidas en el ambiente logrero y materialista que implantó en estas zonas el capitalismo extranjero” (*El Pampero* 30/III/1940, 7; 4/III/1940, 7).

rían argentinos o chilenos, pero en realidad eran “judíos sin patria, pero con mucho dinero, que lograron la fortuna sin reparar en ningún medio” (*Crisol* 15/VIII/1935, 1). El vilipendiado “capitalismo judío” no sólo controlaba la tierra sino también el comercio y la educación (*Crisol* 13/IX/1935, 1; 8/VIII/1934, 1). La presencia de educadores judíos (por lo tanto, no argentinos⁴) en la Patagonia era una doble derrota: no sólo se dejaba de enseñar el credo patrio, sino que se difundían ideas funcionales a los intereses extranjeros (*Crisol* 4/VII/1934, 4). Los maestros argentinos tenían la misión de revertir esa pésima situación en el sur, donde los profesores hebreos (“que sólo quieren chuparnos la sangre y amontonar las riquezas de este pedazo del mundo”, *Crisol* 20/VIII/1935, 1) enseñaban a adorar al dinero.

Según *Crisol*, la invasión israelita había sido especialmente dañina en Zapala donde los judíos controlaban todo, gracias a que los argentinos constituían sólo el 30% de la población local.⁵ En la “Segunda Palestina” o “Sión Patagónica” (*Crisol* 20/VIII/1935, 1-3) gobernaba el ya mencionado Orteguinsky⁶ y la comisión empadronadora estaba compuesta por extranjeros y judíos con los peores antecedentes morales (*Crisol* 26/VII/1935, 3; 8/X/1935, 1). El atrevimiento de los judíos de Neuquén llegaba al punto de publicar “un periódico escrito en castellano”, que se dedicaba a criticar al gobernador (*Crisol* 20/IX/1934, 1).⁷

-
4. De acuerdo con Lvovich (2003:326), *Crisol* consideraba a la condición judía incompatible con la nacionalidad argentina, aunque “en consonancia con la tradición católica, se posibilitaba una vía de escape a través de la conversión”.
 5. Un censo en 1926 en Zapala indicó que se trataba de una verdadera Babel, pero no tenía un 70% de extranjeros. Había 1.113 argentinos, 435 chilenos, 79 españoles, 48 italianos, 42 rusos, 32 libaneses, 19 sirios, 17 polacos, 8 turcos, 8 austriacos, 5 franceses (Prislei 2001:87). Masés *et al.* (1994:13) cifran en 50 familias la población judía de Zapala en 1920. Un informe de un capitán de fragata también de 1920 sostenía de manera exagerada que 70% de sus 1.200 habitantes eran de origen ruso o sirio-libanés. Está claro que si bien había judíos entre estos grupos migratorios, resulta imposible equiparar automáticamente a todos los rusos o sirio-libaneses con judíos.
 6. El intendente Ortega, lejos de ser un “títere de los judíos”, fue nombrado en ese cargo por la Revolución de septiembre de 1930, que tan buena recepción había encontrado en medios “nacionalistas”. Archivo Histórico de la Provincia de Neuquén, Libro Copiador 217, f° 1, 13/IX/1930. De suponerse veraz el apellido Orteguinsky, la supuesta condición judía de Ortega revela la ignorancia de que el apócope “sky” en los apellidos es evidencia de un origen europeo oriental o ruso, antes que de pertenencia israelita.
 7. El periódico en cuestión, *La Cordillera*, fue fundado y dirigido entre 1931 y 1948 por Ángel Edelman, destacado vocero del radicalismo neuquino, y no de la población judía del territorio. Edelman fue presidente del comité central de la UCR del territorio de Neuquén. Actuó como juez de paz en Chos Malal (1918-1920), como comisario inspector (1921-1930), concejal en la municipalidad de Neuquén (1952-1955) y presidente de la convención constituyente que le dio su primera carta magna a la provincia de Neuquén (1957). Al año siguiente se convirtió en el primer gobernador electo de la provincia. Información proveniente de Favaro e Iuorno (1999, 40) y Favaro y Arias Bucciarelli (2001, 92).

El “peligro judío” era sólo una de las cabezas del enemigo: las autoridades nacionales también deberían preocuparse por los deseos de Chile sobre la Patagonia. La Moneda se había comportado como un gobierno patriótico y viril: a diferencia del régimen demoliberal argentino iniciado en 1853, Chile arraigó a pobladores y les aseguró tierras y tranquilidad (*Crisol* 28/III/1935, 1; 9/IV/1935, 1). La Moneda sacó tajada de la indolencia liberal argentina: instaló sus hijos en la Patagonia, se ganó la confianza de los moradores y firmó alianzas con el gran enemigo de Argentina, la bestia anglojudía. Chile se venía sirviendo de distintos medios para apropiarse de territorios sureños: afincaba pobladores y delincuentes chilenos, planificaba invasiones militares, coqueteaba con los residentes argentinos; permitía el ingreso de hacienda robada, mantenía ardiente el amor patrio entre sus ciudadanos emigrados; los cónsules chilenos se dedicaban a conseguir impunidad y bienestar material para sus compatriotas; los nacidos en Argentina eran asentados en Chile (*Crisol* 14/III/1935, 1; 21/III/1935, 2; 25/X/1934, 1; 9/V/1935, 1; *El Pampero* 30/III/1940, 7). Gracias a esa penetración “pacífica, metódica, tenaz, constante y silenciosa” la zona cordillerana estaba chilenezada para *Crisol* (14/III/1935, 1) y estaba “expuesta como ninguna a la penetración pacífica o no del extranjero” según Gustavo Martínez Zuviría (1935:265).

Estos avances chilenos constituían para *Crisol* (28/III/1935, 1), “un sistema formidable de baluartes” que amenazaba la soberanía argentina y que podía costarle al país perder un tercio de su territorio en una guerra “poco probable, pero no imposible” (*Crisol* 25/X/1934, 1). La presencia de chilenos en la Patagonia no sólo constituía un riesgo para la “unidad étnica, social y espiritual” argentina (*El Pampero* 19/XI/1939, 8), sino que podía ser invocada por la diplomacia de Santiago como un argumento para disputar la soberanía del territorio. En el lenguaje nacionalista, los chilenos asentados en la Patagonia eran la quinta columna de la futura invasión: “cada habitante chileno arraigado en el sur cumple una misión especial del gobierno de su patria” (*Crisol* 31/VII/1935, 1), son “puntos de avanzadas no civiles” (*Crisol* 21/III/1935, 1-2). De ahí la caracterización castrense de esa población: “legiones civiles avanzan sin cesar, por suelo argentino, ordenadamente en filas cerradas” (*Crisol* 21/III/1935, 1-2); mientras que los pobladores argentinos resultaban “milicias” (*El Pampero* 17/I/1940, 16).

La antipatria se alimentaba de la acción combinada de judíos, chilenos y la acción imperialista británica. Los tres estaban unidos en la decisión de evitar que se radicaran argentinos en el sur y en crear una “conciencia antiargentina” en ese territorio (*El Pampero* 30/III/1940, 7). El nacionalismo criticaba insistentemente el peso del capital inglés en la economía patagónica, su monopolio de las tierras y los medios de transporte. Los años treinta muestran el crecimiento de la literatura histórica y política destinada a denunciar la acción del imperialismo inglés en la economía nacional (Scalabrini Ortiz, Julio y Rodolfo Irazusta, Arturo Jauretche, etc.). Para estos grupos, el “pulpo inglés” estaba presente en todas las dimensiones de la vida nacional desde hacía siglos: había colonizado la producción, usurpado el

territorio y controlado la economía, gracias a la acción de una "oligarquía" cipaya. La política exterior británica había sido, según esta noción, siempre favorable a Chile (*El Pampero* 18/III/1940, 7). Para *El Pampero* (30/III/1940, 7) el capital inglés era el verdadero rey de la Patagonia. La dominación inglesa, denunciada más insistentemente por *El Pampero* (11/XII/1939, 7) que por *Crisol* (11/XII/1934, 1), se expresaba en su control del suelo y los ferrocarriles (*El Pampero* 30/IV/1940, 9). Esa voracidad era, en último término, responsable del exterminio de los indios patagónicos (*El Pampero* 4/I/1940, 7; 30/III/1940, 7; 7/IV/1940, 11; *Crisol* 31/VIII/1935, 1).

Otra de las preocupaciones nacionalistas sobre los británicos y la Patagonia guardaba relación con la seguridad y nacional: *El Pampero* acusaba a Londres de violar la soberanía argentina con actividades militares y de espionaje durante la segunda guerra (13/XII/1939, 5; 29/XI/1939, 5; 1/XII/1939, 4). La denuncia de la usurpación inglesa de las islas Malvinas encajaba a la perfección en la tarea de impugnar la nueva acción "corsaria" en el Atlántico sur (*El Pampero* 8/XI/1939, 4). Pero además, resultaba absolutamente funcional a la tarea de demostrar la falsedad o exageración de las aseveraciones formuladas acerca de la presencia nazi en Argentina y de las intenciones del Tercer Reich. A comienzos de 1939 la prensa porteña lanzó una información destinada a tener un fuerte impacto en la sociedad y la historia argentina. Se trata de la denuncia promovida por la gran prensa, los partidos políticos "democráticos" y servicios diplomáticos británicos que señalaba que los nazis se habían infiltrado en altas cúpulas nacionales y desde allí habían comenzado a operar para asegurar la neutralidad de Buenos Aires durante la guerra.⁸ El 30 de marzo de 1939 *Noticias Gráficas* publicó un artículo que reproducía un supuesto informe del consejero de la representación diplomática alemana en Argentina y del jefe del NSDAP local, Alfred Müller, a la Oficina de Política Colonial del partido nazi en Berlín. Según se podía leer, el Reich tenía pensado instalar bases navales en la Patagonia y luego avanzar con la instalación de un protectorado alemán en Sudamérica (Newton 1995, 241). El informe expresaba:

Hay tierras con una relación de un habitante cada cinco kilómetros cuadrados a considerarse naturalmente como tierra de nadie, si bien en el caso que nos ocupa, por conceptos jurídicos anticuados, aun figura la República Argentina como poseedora. Pero hasta ahora ningún gobierno argentino ha llenado las obligaciones correspondientes al derecho de posesión, de colonizar estas zonas y de llevarlas a prestar un servicio social que beneficie a la humanidad. Ni el gobier-

8. Quienes se mostraron especialmente interesados en difundir las actividades (reales o imaginadas) de las agrupaciones nazis entre la población argentino-germana fueron diputados socialistas y radicales (Dickman, Solari, Damonte Taborda principalmente), así como la prensa liberal o radical de la época. Fue el caso también de organizaciones antifascistas o pro-aliadas, como "Argentina Libre", de orientación liberal o el "Comité contra el fascismo, el nazismo y el antisemitismo", ligado al Partido Comunista.

no actual ni futuros gobiernos de Argentina serán capaces ni tendrán intención de cumplir con estas obligaciones, por lo que desde el punto de vista contemporáneo no tiene ningún derecho hacer valer en forma fundada su posesión (Reid et al., 1992:72)

Esa denuncia generó el arresto de Müller y la visita a la zona de diputados, rastreando la máquina de guerra nazi en la región. El episodio alcanzó mucha repercusión pública y generó la suficiente presión política como para que el Congreso finalmente organizara en junio de 1941 la Comisión de Actividades Antiargentinas, a pesar de que los conservadores tendían a minimizar la supuesta influencia nazi y temían que las investigaciones afectaran las relaciones comerciales con Alemania (Jackisch, 1997, 246 ss.; 1994, 171). Las reacciones nazis frente a la denuncia del "Affaire Patagonia" fueron muy rápidas. Sus voceros en Argentina negaron la autenticidad del documento en cuestión (tema sobre el cual la justicia nacional se expidió señalando que no se podía acreditar su carácter original). La prensa nazi alemana insistió en la idea de que el plan era una maniobra del judaísmo internacional para entregarles la Patagonia a los judíos. El *National Zeitung* de de Essen expresó en mayo de 1939 que

la quimera de la invasión nazi fue urdida para obtener que la Argentina ofreciera la Patagonia a los judíos como tierra de promisión. En eso era en lo que se ocupaba el judío Efron y su Liga de los Estados Unidos, el judío Dickman en la Argentina y los judíos del Congreso de Montevideo en todo el continente americano. Pero ésa no era más que una parte del plan hábilmente hilvanado que giraba en torno a las leyendas patagónicas (Reid et al., 1992: 111)

La prensa nacionalista argentina financiada por la embajada alemana también se dedicó a demostrar la falsedad de esas aseveraciones, repudiando a las figuras intervinientes en la trama (*El Pampero* 11/II/1940, 4; 12/II/1940, 1 y 14). Para *El Pampero* (17/XI/1939, 14) el "Affaire Patagonia" era una confabulación de los ingleses, la oposición interna a Hitler y los diarios sensacionalistas porteños, que tenía por objetivo tender una cortina de humo para no discutir el monopolio inglés de las tierras del sur (*El Pampero*, 8/III/1940, 16).⁹ Ramón Doll consideraba falsas las acusaciones sobre las pretensiones nazis en Patagonia: la única infiltración en Argentina era la democracia liberal, de la que "Inglaterra es la aguja de la inyección por donde el tóxico judío se introduce en la savia nacional" (Lvovich 2003: 338). Si bien se ha comprobado que los argentinos de origen judío como comunidad organizada no se involucraron en tareas de espionaje en favor de los aliados, Newton

9. La operación, pergeñada por la diplomacia inglesa, parece haber apuntado a convencer a Estados Unidos de involucrarse más abiertamente en la guerra así como evitar que Alemania tuviera la capacidad de cortar los abastecimientos argentinos al Reino Unido durante la futura contienda (Newton 1995:251).

ha señalado que en la detonación del “Affaire Patagonia” probablemente hubo intervención de hebreos, como David Efron, un argentino residente en Estados Unidos, ligado a instituciones públicas antiracistas y estadounidenses (Newton 1995, 252). Hasta donde se sabe, esta fue la participación del “imperialismo judío” en la maniobra, esa fue la porción de realidad que alimentó las interpretaciones conspirativas que los nacionalistas desplegaron después de 1939.

La supuesta vulnerabilidad defensiva argentina no era un discurso explicitado únicamente por los nacionalistas: tanto los grupos aliadófilos como los orientados a favor del Eje o los neutralistas insistían con la posibilidad cierta de que Argentina se viera involucrada en la conflagración bélica a partir de una invasión en el sur o de la instalación de bases de avituallamiento para submarinos y flota costera. Las consecuencias de esta debilidad argentina en la Patagonia eran sobredimensionadas, pero descansaban en un elemento de verosimilitud que le aportaba el hecho de que durante la Primera Guerra los alemanes habían planeado montar instalaciones clandestinas que brindarían combustible y avituallamiento a submarinos y barcos merodeadores de superficie en la costa patagónica, y en el hecho de que en la primera posguerra su marina de guerra logró algo al respecto (Newton 1995:31 y 1998).¹⁰ Según Newton (1998), como era probable que algunos argentinos estuviesen al tanto de las intenciones y/o logros germanos, “la mitología generada después de 1945 tuvo, en realidad, alguna base creíble sobre la cual desarrollarse”.

IV - Un nuevo estado para la Argentina potencia

La “ensoñación industrial” que ha señalado Pratt (1997:262 ss.) aparece en los discursos con que el nacionalismo consideraba a la Patagonia. Se planteaba que en los territorios australes había una inusitada variedad de recursos naturales, suficientes para obtener “la energía motriz de las máquinas del mundo” (*Crisol* 28/III/1935, 1). En la Patagonia no faltaba nada salvo el trabajo humano (más bien argentino). Para *El Pampero* (9/IV/1940, 9) si se aprovecharan los recursos naturales patagónicos ese páramo abandonado por la inercia oficial se transformaría en “la opulenta Atlántida de que hablaron nuestros mayores”. A diferencia de las proyecciones económicas de fines del siglo XIX, en la entreguerra se puso énfasis en la explotación de recursos considerados claves para la industrialización y la seguridad nacional. En línea cercana a la que defendían los gobiernos nacionales y los jóvenes oficiales en la década de 1930 (Rouquié 1983:277), los nacionalistas postu-

10. El estrecho número de efectivos navales que el Tratado de Versalles le autorizaba a Alemania se encargó en 1930 de crear la *Etappen-Dienst*, una red de respaldo y abastecimiento naval en puertos de países considerados potenciales aliados o neutrales en el caso de que estallara una guerra. La *E-Dienst* establecida en puertos argentinos fue rápidamente bloqueada por la inteligencia aliada y sólo sirvió para efectuar algunas pequeñas operaciones de contrabando. Newton (1998).

laban que la explotación de los recursos del subsuelo afirmaría la defensa nacional a la vez que el proceso de industrialización y reduciría la dependencia de importaciones y transportes ingleses (*El Pampero* 10/IV/1940, 9; 15/II/1940, 9; *Crisol* 4/XI/1934, 1).

En el discurso nacionalista los capitales privados no eran invitados a participar de la explotación de los recursos naturales patagónicos, tal como había sucedido entre 1880 y 1930. El estado era el único agente económico necesario para el sur: debía explotar el subsuelo, construir infraestructura, mejorar el transporte y regular la actividad económica (*Crisol* 9/VIII/1934, 1; *El Pampero* 19/I/1940, 7; 3/XII/1939, 6; 20/XII/1939, 16). Sólo una economía liderada por el estado garantizaba eficiencia y un “factor incorpóreo, espiritual, hecho de identificación y entusiasmo, de sacrificio muchas veces” (*El Pampero* 13/XII/1939, 8).

Crisol y *El Pampero* promovían un estado fuerte e interventor, pero criticaban a los gobiernos “realmente existentes”. Éstos eran entendidos como resultado de la politiquería, alejados de las verdaderas necesidades de la nación. El régimen “demoliberal” era intrínsecamente corrupto y dilapidador de los recursos públicos (del cual la tierra fiscal patagónica era ejemplo). La policía, la Dirección de Tierras y la justicia federal eran instituciones de gobierno, pero no formaban parte del estado ideal que imaginaba el nacionalismo como el actor por excelencia del brillante porvenir austral. Las instituciones oficiales, especialmente la policía, fueron permanentemente fustigadas por la prensa nacionalista (*Crisol* 15/VII/1934, 1; 3/VII/1934, 1; 25/VIII/1935, 1; 23/IV/1935, 1; *El Pampero* 23/XII/1939, 6). Dado que las autoridades públicas vegetaban, despreocupándose de lo que ocurría en Patagonia, el sur estaba “prácticamente desargentizado” (*Crisol* 19/VI/1935, 1; 26/III/1935, 1-3; *El Pampero* 17/I/1940, 16). El régimen democrático no podía ayudar a la Patagonia porque era el gobierno del número sobre la calidad y no permitía realizar transformaciones estructurales (*Crisol* 24/IV/1935, 1; *El Pampero* 16/II/1940, 9). El sistema político era el “peor enemigo del país”, sordo a las quejas de los patagónicos por cuanto éstos no tenían derecho a voto: sustituir a este sistema era imprescindible (*Crisol* 13/VIII/1935, 1; *El Pampero* 16/IV/1940, 9). Los nacionalistas denunciaban que la desidia de los políticos por la Patagonia encontraba una muestra impactante en la situación de abandono de los indígenas (*El Pampero* 24/I/1940, 7; *Crisol* 4/V/1935, 1; 11/VII/1934, 1). Los desalojos de los indígenas fueron aprovechados para volver a denunciar la propiedad latifundista y extranjera del sur que los convirtió en “parias patagónicas”, comparables por su miseria a los “intocables de la India” (*Crisol* 20/VII/1935, 3, 12/XI/1935, 1; 14/XI/1935, 1; *El Pampero* 22/I/1940, 7; 10/III/1940, 16).¹¹

11. La queja por la situación de los indígenas en los años treinta era compatible con la apología de la conquista militar de 1879, que había afirmado “nuestro derecho indiscutible a la vida”, y debía ser recordada como “epopeya gaucha” (*El Pampero* 5/IV/1940, 16; 30/III/1940, 7).

Los discursos nacionalistas sobre la Patagonia tuvieron como señal particular la preocupación por el régimen de la tierra. Sin embargo, había diferencias en sus diagnósticos. Para *El Pampero* (8/XI/1939, 4; 28/I/1940, 9) el peor terrateniente del sur eran las compañías inglesas.¹² *Crisol* consideraba que el principal problema era el predominio de las tierras fiscales sin repartir o distribuidas arbitrariamente (de ahí que el estado era “el más desconsiderado, inepto y monstruoso de los latifundistas” o “el enemigo más grande del progreso patagónico”, *Crisol* 14/XI/1934, 1; 25/VII/1934, 1; 10/V/1935, 1).¹³ El sistema de distribución era injusto, corrupto y antinacional al punto que los territorios patagónicos eran “un bien mostrenco que usufructúan a su antojo cierta repartición oficial, los políticos profesionales y algunos que se han prendido como saguaypé” (*Crisol* 15/II/1935, 1).

V- Gobernar es vigilar

Las “soluciones” para la Patagonia eran varias. Se promovía la instalación de colonias, la expropiación de latifundios y la prohibición de la propiedad extranjera de la tierra, con el objetivo de asentar argentinos nativos que reforzaran el “plasma vital de nuestra nacionalidad” en regiones chilenizadas (*Crisol* 24/X/1934, 1; 8/VIII/1935, 2; 14/IV/1935, 1). De aplicarse esos planes, los resultados serían:

el desierto batido por el hogar; la soledad por la población; el silencio por el ajetreo del trabajo; la indiferencia por el interés; la inquietud por la confianza; los ñires por los manzanos; los coirones por las lechugas; los guanacos por las ovejas; la ‘cortada’ por el camino; la ‘barbarie’ por la civilización; el chileno por el argentino y el cóndor por el pabellón nacional (*Crisol* 14/IV/1935, 1)

Pero las soluciones de fondo no pasaban por implantar reformas sino por establecer un nuevo régimen político, que modelara desde arriba a la sociedad. La tarea de argentinizar a la Patagonia le correspondía a instituciones públicas, principalmente a las fuerzas armadas. La corporación castrense fue objeto de recurrente veneración por parte de los nacionalistas. En los temas patagónicos se encontró una muy buena oportunidad para destacar a los hombres de armas por sus rasgos “civilizadores” (una herencia de finales del siglo XIX) y “modernizadores”, a tono con el tiempo en que defensa nacional e industria parecían ir de la mano. *El Pampero* (9/III/1940, 7) consideraba que “en todas partes del mundo, el progreso sigue las tiendas de los soldados”. Según *Crisol* (19/VII/1935, 3; 12/IV/1935, 1) quienes mejor conocían los recursos, problemas y capacidades nacionales eran los

12. Barbería (1995:271) mostró que desde 1920 predominaban en Santa Cruz las unidades “pequeñas” o “medianas” de entre 10.000 y 20.000 has.

13. La desprolijidad y el descontrol en las reparticiones dedicadas a la gestión de tierras, afectaron a varios pobladores pequeños en la década de 1930 (Barbería 1995:272).

militares, pues poseían un “criterio argentino”, libre de banderías políticas e intereses privados. Pese a sus escasos recursos, las fuerzas armadas estudian y vigilan a los vecinos “con ansias imperialistas”, al “extremismo rojo” y la “prédica disolvente y embrutecedora de los políticos profesionales”: de allí que resulten “patrañas” de los políticos asignarle a las fuerzas armadas una función meramente “constitucional y pasiva” (*Crisol* 19/VII/1935, 3; *El Pampero* 17/I/1940, 7). Deschilenizar la Patagonia era tarea exclusiva del ejército tal como mostraban los gobernadores patagónicos de origen castrense (*Crisol* 10/VIII/1935, 1; 13/VIII/1935, 20/IX/1934, 1; 10/X/1935, 1). De allí el apoyo a los proyectos para asentar tropas en el sur (*Crisol* 12/IV/1935, 1; 8/VIII/1935, 2; 11/VIII/1935, 1; 14/XII/1935, 2; *El Pampero* 29/I/1940, 7).

El soldado en la Patagonia no debía limitarse a disuadir al “cóndor chileno” de sus pretensiones territoriales: debía vigilar a los agitadores y a los enemigos de adentro. Los nacionalistas consideraban que era necesaria la militarización de la vida dentro y fuera de los yacimientos petrolíferos (Márquez 1995:103). Los trabajadores del petróleo eran objeto de sospecha de los nacionalistas y de las Fuerzas Armadas ya que aparecían como una amenaza al control de un recurso clave para la seguridad y desarrollo nacional. Como han mostrado la literatura, los petroleros eran considerados “trabajadores soldados” que simultáneamente servían a la Patria, la soberanía nacional y al interés colectivo (Cabral Márquez 2003:199; Aranciaga 2004:100). De ellos se esperaba lealtad y disposición a que su vida laboral y extralaboral quedara regulada por la empresa a cambio de beneficios materiales y simbólicos que acentuaran el sentimiento de pertenencia a YPF (Masés *et al.* 1994:127-144; Márquez 1995:114). Las autoridades de YPF, la policía de Comodoro Rivadavia y la prensa nacionalista consideraban impostergable la militarización de los yacimientos para extirpar a las “hordas comunistas” que se habían adueñado de la voluntad de los trabajadores petroleros (Carrizo 2003). El peligro era tal que “sólo un gobernador militar sería capaz de librar al Chubut de la plaga comunista” (*Crisol* 31/VIII/1935, 1).¹⁴ Este discurso se guardaba muy bien de no hacer mención a las condiciones materiales en que desarrollaban sus tareas los trabajadores petroleros, de manera tal de imprimirle más fuerza a la imagen de una agitación injustificada, movida exclusivamente por intereses políticos (Barab 2005:6).

Crisol (23/XI/1935, 3) expresó su beneplácito porque la presencia de tropas había conseguido crear un clima de moralidad respetable en los pozos petroleros patagónicos, mientras que en la ciudad de Comodoro Rivadavia las “hordas comunistas, apoyadas por ciertos peludistas y apuntaladas por el rufianismo” actuaban a voluntad. Esa ciudad era “uno de los mayores focos del antiargentinismo” en

14. Aunque no en la escala señalada por el nacionalismo, el comunismo hizo pie entre los trabajadores petroleros patagónicos entre 1931 y 1935, especialmente en las compañías privadas y el pueblo de Comodoro Rivadavia, pero no en los yacimientos de YPF (Márquez 1995:124; Barab 2005:4-17).

Patagonia, tanto por la presencia de comunistas como por la indecencia reinante, expresada en la pululación incontrolada de lenocinios (*Crisol* 31/VIII/1935, 1). El periódico católico *El Pueblo* (13/XI/1932, 3) denunciaba que “impunemente, contando quizá con la debilidad de las autoridades”, el comunismo se infiltraba en Comodoro Rivadavia, gracias a “la gran cantidad de gente obrera, en su mayoría extranjeros, que lo puebla”.¹⁵ De allí el llamamiento a que el ejército asumiera la vigilancia de las fronteras y las funciones de policía ya que sólo él podía asegurar la “deschilenización” del sur y salvaguardar “la integridad patagónica y llevar a ese pedazo de nuestro suelo la savia argentina que le falta” (*Crisol*, 29/VIII/1935, 1; 9/IV/1935, 1).

La acción del soldado quedaría trunca si no era acompañada por una tarea pedagógica y preventiva, a cargo de las escuelas (*El Pampero* 31/III/1940, 7). Ya en la década de 1920 las autoridades militares de YPF habían señalado que le correspondía a la escuela la misión de argentinizar la Patagonia, pues allí “predominan elementos extranjeros aventados con sus sedimentos de amargura de sus tierras de origen” (Márquez 1995:114). Los maestros eran la “única voz espiritual de la Patria” en la Patagonia, que enfrentaban la “voracidad del capitalismo extranjero” y la “maniobrera de las naciones interesadas en desglosarlas de la argentinidad” (*El Pampero* 31/III/1940, 7). Los maestros argentinos, además de su labor normal, cargaban con el deber de destruir el nacionalismo forastero, fomentar el argentino y evitar que los niños fueran “pasto propicio de los agentes chilenos cuando no de los perturbadores sociales” (*Crisol* 20/VIII/1935, 1; 24/IV/1935, 1; *El Pampero* 7/IV/1940, 11; 30/III/1940, 7; 31/III/1940, 7). Esa tarea de exaltación nacional no podía realizarse bajo el modelo educativo del “normalismo” sarmientino, con su “macedonia de traiciones” de liberalismo y laicismo (*Crisol* 4/IV/1935, 18/VIII/1935, 1; *El Pampero* 13/III/1940, 9).

Los proyectos de provincialización de los territorios patagónicos fueron rechazados de pleno por los nacionalistas dado que del régimen republicano sólo podía esperarse corrupción, desidia e ineficacia. Su postura anti-democrática les impedía considerar positiva la ampliación de los derechos electorales a los patagónicos: su ideario apuntaba a reducir el espacio de la política, no a extenderlo. Provincializar la Patagonia significaría “crear estados extranjeros dentro del estado argentino”, provincializar “lo que todavía no está nacionalizado” (*Crisol* 10/IX/1935, 1; 20/VIII/1935, 1). Provincializar implicaría sostener una burocracia e instalar la politiquería y la “resaca del comité” (*El Pampero* 8/XI/1939, 4; 29/IV/1940, 9), favoreciendo a los socialistas por la notoria presencia de extranjeros en el padrón electoral patagónico (*Crisol* 15/IX/1934, 1; Masés et al. 1994: 97). Era preferible incrementar las competencias de los gobernadores designados por el Poder Ejecutivo (*Crisol*

15. Entre los obreros de Diadema, subsidiaria de Royal Dutch-Shell, 95% de los obreros eran extranjeros (alemanes, portugueses, españoles, búlgaros, yugoslavos, polacos e italianos) según Barab (2005, 7).

30/VIII/1934, 1). Para desalentar a la invasión chilena y a los agitadores internos debían asentarse tropas, no crearse nuevas provincias (*Crisol* 10/VIII/1935, 1).

En algún sentido, puede considerarse que la postura nacionalista tenía un contenido negativo: la oposición a provincializar a la Patagonia, a pesar de que era un reclamo de buena parte de la dirigencia y pobladores allí asentados. Dado que el sur era un espacio en el que la soberanía estaba constantemente amenazada, era necesaria una vigilancia más estrecha, un ojo de la nación más atento sobre esos territorios. No estando disponible la opción de constituir gobiernos militares subnacionales (como fue la posterior experiencia de la gobernación militar de Comodoro Rivadavia, 1944-55), se confiaba en que una sujeción más directa a la nación era la opción más confiable y segura. Se consideraba que la instauración de una autoridad provincial introduciría la "politiquería" y otras costumbres propias de civiles, relajando la necesaria custodia de la Patagonia. Por otra parte, aunque parezca obvio recordarlo, el rechazo a la provincialización estaba atado a una concepción negativa del régimen democrático.

VI – *Representaciones del nacionalismo y mitos conspirativos*

Hannah Arendt expresó que la difusión de los Protocolos de los Sabios de Sión se sirvió de un elemento de plausibilidad previo, conocido por el grueso de la población. Ese elemento de plausibilidad no podía ser manufacturado motu proprio por los que difundían esa creencia, puesto que les precedía. El arte de los forjadores de mitos, expuso Arendt (1960:362), radicaba en usar y a la vez trascender a estos elementos reales y generalizarlos a un punto tal que resultara imposible controlarlos con cualquier esfuerzo individual. El análisis de los discursos conspirativos de *Crisol* y *El Pampero* se puede servir de esta idea de Arendt. Ambos periódicos recurrieron sistemáticamente a la mentira, la falsificación y la exageración, procurando construir un discurso verosímil sobre lo que sucedía en el Sur. No había un pool de opulentos estancieros judíos que se dedicaran a perseguir a indígenas y peones argentinos, pero Mauricio Braun había sido uno de los más importantes empresarios de la Patagonia austral. Los ingleses no tenían el monopolio de la tierra en el sur, pero muchas estancias eran propiedad de capitales asentados en Inglaterra. Era absolutamente infundado que los chilenos que vivían en territorio argentino constituían una reserva estratégica lista para ser usada militarmente, pero sumaban varios miles.

El discurso nacionalista debía mostrarse acorde con los imaginarios que los lectores ya tenían sobre la Patagonia: en ese sentido, *Crisol* y *El Pampero* retomaron muchos de los lugares comunes que se utilizaban para caracterizar a los territorios patagónicos desde al menos 1880 (vacío social, riqueza de recursos naturales, apetencia chilena) y los rearticulaban en un nuevo tejido de significados. La literatura de fines del siglo XIX y de principios del XX había insistido en considerar a la Patagonia como un diamante en bruto reservado para los varones valientes que

desafiaban a la naturaleza. Es una tierra abierta, como la que va a buscar el personaje central de la novela *Los naufragos del Jonathan* (1909) de Jules Verne, un anarquista tolstoiano, pacifista e iluminista a la búsqueda de la “última partícula del globo que no tenía dueño [...] última región del planeta no encorvada aun bajo el yugo de las leyes”. En la década de 1930 el “vacío” social y la amplia disponibilidad de recursos ya no eran considerados el marco socio-natural para el desarrollo de una California argentina habitada por todos los hombres de buena voluntad del mundo: más bien se trataba del Ruhr argentino, un coto estratégico que debía ser celosamente nacionalizado y vigilado ante la apetencia extranjera. La Patagonia ya no era esa región abierta a los valientes, independientemente de su nacionalidad. Los pioneros no eran los que debían liderar la colonización del sur, no eran los bravos hombres del progreso. La prensa nacionalista los pintó de manera completamente distinta: terratenientes extranjeros, asesinos y opresores de aborígenes y “criollos”. Los pobladores foráneos no eran agentes civilizadores sino un enemigo que medraba y que corroía al ser nacional. Los residentes chilenos no constituían la fuerza de trabajo necesaria para fomentar la industria ganadera sino el caballo de Troya que coronaba una pertinaz celada contra el territorio argentino.

Esta celada, según se expresaba, parecía más sencilla de tender en el sur. La Patagonia es considerada desde 1870 la tierra en la que las invasiones militares son factibles: ese miedo recorre la historia argentina a lo largo del siglo XX. Incluye desde luego las hipótesis de una guerra con Chile por problemas limítrofes, pero también ha incorporado otros productos ideológicos. Un ejemplo de ello son las fantasías aviesas como el “Plan Andinia” de principios de los años setenta (supuesta conspiración judía para crear un segundo Estado de Israel al sur de Bahía Blanca, desligado del territorio histórico de Medio Oriente).¹⁶ El “Plan Andinia” fue tanto una suerte de *Affaire* Patagonia invertido, como una actualización de la denuncia de fines de los años treinta de la existencia de una Segunda Palestina enclavada en la Patagonia. Un segundo ejemplo son las denuncias de una invasión nazi de fines de la década de 1930, con la supuesta complicidad de empresarios alemanes, militares y políticos argentinos, que abrirían la puerta a la entrada de espías y jerarcas nacionalsocialistas. La leyenda del escape de Hitler solía ubicar al Führer como un viejo vecino del poblado patagónico de El Bolsón o mirando el amanecer

16. El “Plan Andinia” es el nombre dado a una supuesta conspiración sionista para crear un segundo Estado de Israel en Patagonia. Se trató de una creación de grupos y figuras de ultraderecha vinculados a miembros de la comunidad árabe en Argentina. Según los documentos fraguados, un rabino apellidado Gordon estuvo en Argentina dando instrucciones a los dirigentes comunitarios judíos acerca de cómo debía desarrollarse el proceso que culminaría en la separación de las provincias del sur de la república (Senkman 1989). La superchería en cuestión está ampliamente difundida en internet y en publicaciones neonazis de la actualidad Cfr. Kollmann (2005) y Caro (2005).

frente al Atlántico sur.¹⁷ Otras leyendas han insistido en la existencia de una “internacional nacionalsocialista” que habría colaborado en la creación del Cuarto Reich, teniendo a la Argentina como epicentro.¹⁸

La caracterización de la Patagonia que realizó el nacionalismo en los años treinta y cuarenta era muy negativa: todo allí era venal, anti-patriótico y denigrante. Los nacionalistas consideraban a la realidad patagónica bajo una óptica decadentista, muy propia de los adherentes a teorías conspirativas: la Patagonia era una de las muestras más cabales de la acción de la anti-patria. El liberalismo que envenenaba al país había engendrado resignación y un vergonzante quietismo frente a las constantes pretensiones extranjeras sobre el territorio sur. Pero ese momento de mayor degradación nacional coincidía con la inminente llegada del tiempo nuevo. La patria sería salvada agónicamente, por las únicas fuerzas (auto-consideradas) incontaminadas que quedaban en pie, los militares y los nacionalistas. Ambas brindarían la solución definitiva para la Patagonia (y para el resto del país): su argentinización. En la mirada de los medios nacionalistas sobre la Patagonia salta a la vista la centralidad del agente estatal en el proyecto político y económico. El tempo que se reclama, el que se anuncia, es el del estado como voluntad colectiva de los argentinos, promotor de la autarquía económica y de una activa defensa de la integridad territorial. Hipotetizo que la propuesta de “argentinizar a la Patagonia” que formulaban los nacionalistas, escondía, en realidad, el deseo de “patagonizar a

-
17. Si se sigue a Newton (1998), la saga empezó en 1945 con unas notas periodísticas de Ladislao Szabo en *Crítica*, que se reimprimieron con el título de Hitler está vivo en 1947. Según Newton (1998), Blancpain (1992, 136) y Meding (1994, 250) ya desde 1945 corrieron las versiones que señalaban que Hitler había logrado escapar del cerco en Berlín y había llegado a Argentina en algún submarino. En otros casos, aparecieron relatos y fotos sobre su *Berchtesgaden* en la Antártida. Muy probablemente se trató de brulotes de la inteligencia inglesa, preparando el campo para las negociaciones de posguerra con los estadounidenses. Miguel Serrano, un joven chileno, militante nazi, viajó a la Antártida en 1947-1948 en una búsqueda a la vez física y esotérica de Hitler, considerado “el último avatāra”. Serrano afirmó que Hitler vivía allí “donde ha sido sometido a un procedimiento de congelación artificial para resucitar en el momento preciso”. *Estanquero*, 26 de junio de 1948, n° 75, Santiago de Chile, p. 23. Su larga obra combina, hasta hoy, antisemitismo radical, esoterismo, filobudismo y parapsicología. Cfr. Serrano (1995).
18. Según los trabajos más serios, se trató de denuncias infundadas sin documentación probatoria. Meding (1994:259) considera que esas “suposiciones deberían desterrarse al reino de las leyendas”. Entre esos libros considera a Simon Wiesenthal. *Los asesinos entre nosotros*, Barcelona, 1967; William Stevenson, *The Bormann Brotherhood*, New York, 1973, Paul Manning, *Martin Bormann. Nazi in Exile*, Secaucus, 1981 y a Ladislao Farago, *Aftermath. Martin Bormann and the Fourth Reich*, 1974. Cfr. Meding (1999), para una mirada más abarcadora sobre el tema. Otros autores sostienen que la CIA filmó el refugio antártico de Hitler y que éste se reunió con Bormann en Patagonia (Blancpain 1992:138).

la Argentina". Se trataba de extender el régimen de los territorios nacionales (autoridades ejecutivas nombradas sin consulta a los gobernados, ausencia de poder legislativo y de vida política formal en general) a toda la república. En definitiva, apuntaba a instaurar un régimen de gobierno basado en decisiones cupulares, donde el ejército tuviera un rol central y se extremara la vigilancia de las actividades de los extranjeros residentes, considerados enemigos reales o potenciales.

Las propuestas que las voces nacionalistas señalaban no diferían en demasía de lo que ejecutaban los gobiernos conservadores (1932.43): su modelo de país se particularizaba por el reclamo de mayor autoritarismo, pero coincidía en lo básico: promoción de criterios administrativos por sobre las decisiones políticas, primacía del *know how* técnico por sobre las instituciones deliberativas, nacionalización del país, búsqueda de la autarquía económica, asentamiento de tropas, etc. Las diferencias eran de grado antes que de naturaleza, pero su marginalidad con respecto a los centros de toma de decisión, así como su escaso arraigo masivo, forzaron al nacionalismo a radicalizar su rechazo a "la política" y a ofrecer diagnósticos bastante alejados de la realidad. De allí que su mirada sobre la Patagonia adolecía de una marcada contradicción: su reclamo de mayor presencia física, económica y militar del estado se producía exactamente en el mismo momento en el que esta presencia se hacía más notoria que nunca. La expansión de las industrias de extracción del subsuelo, la instalación de guarniciones militares y la ampliación de la red vial y ferroviaria como manera de efectivizar la soberanía nacional en la región convivieron con la insistente exigencia de que el estado hiciera exactamente eso mismo.

Los discursos nacionalistas tenían un reconocible efecto especular: criticaban en otros actores aquellos elementos incluidos en su propia postura ideológica. La denuncia conspirativa y decadentista puede ser entendida como auto-imagen más que como una supuesta descripción del Enemigo. Así, *Crisol* y *El Pampero* acusaban a la gran prensa de estar sobornada por gobiernos extranjeros cuando esa era su propia situación; impugnaba a "los judíos" de Neuquén por realizar exactamente lo mismo que hacían, esto es, desacreditar a las instituciones públicas y hablar bien del gobierno de Chile (*Crisol* 20/IX/34; 1). La forma en la que caracterizaban a La Moneda (celosa de sus derechos, expansionista, militarista, preocupada por afianzar la soberanía en Patagonia) en realidad, reflejaba mejor la forma en que deseaban que fuera Argentina: el imperialismo que le achacaban a Chile era el que proponían –más bien exigían– que la Casa Rosada impusiera a los países vecinos.

Bibliografía

- Aranciaga, Ignacio (2004) "Representaciones de la nación en Patagonia", en Vernik, Esteban (comp.) *Qué es una nación. La pregunta de Renan revisitada*, Prometeo Libros, Buenos Aires.

- Arendt, Hannah (1960), *The Origins of Totalitarianism*, Meridian Books, New York.
- Ballent, Anahí y Gorelik, Adrián (2001), "País urbano o país rural: la modernización territorial y su crisis", en Alejandro Cattaruzza (dir.) *Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre política (1930-1943)*, Sudamericana, Barcelona, [tomo VII de Nueva Historia Argentina.
- Barab, Marcelo (2005), "Comodoro Rivadavia - Abril de 1932", ponencia en *Primeras Jornadas de Historia Social "Los trabajadores en la Patagonia"*, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- Barbería, Elsa (1995), *Los dueños de la tierra en la Patagonia austral, 1880-1920*, Universidad Federal de la Patagonia Austral, Buenos Aires.
- Blancpain, Jean-Pierre (1992) "América Latina y nazismo. Desde la inmigración judía hasta el mito del IV Reich (1933-1955)", *Cuadernos de Historia*, Universidad de Chile, 12, Santiago de Chile.
- Bohoslavsky, Ernesto (2003), "El nacionalismo norpatagónico en los orígenes del peronismo (1930-1943)", en Masés, Enrique y Rafart, Gabriel (dirs.), *El peronismo, desde los territorios a la nación*, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- Buchrucker, Cristián (1987), *Nacionalismo y peronismo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- Cabral Márquez, Daniel (2003), "La intervención del Estado en los procesos de construcción de las identidades socioculturales en la Patagonia Austral", *Espacios*, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, 26, Río Gallegos.
- Caro, Isaac (2005), "Movimientos neonazis, antisemitismo y xenofobia en Chile", Santiago de Chile, policopiado.
- Carrizo, Gabriel (2003), "Ordenar y vigilar la Frontera", en Daniel Márquez y Brígida Baeza, *Resistir en la frontera*, Andrade, Comodoro Rivadavia.
- Favaro, Orietta y Arias Bucciarelli, Mario (2001), "Pensar el peronismo desde los Territorios Nacionales. El caso de Neuquén, 1943-1955", *Cuadernos del Sur*, 30-31, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.
- Favaro, Orietta e Iuorno, Graciela (1999), "Libaneses y sirios. Actividad comercial y participación en el espacio público neuquino", *Entrepasados*, 17, Buenos Aires.
- Jackisch, Carlota (1994), "La opinión pública frente al nacionalsocialismo en la década de 1930", en Gurevich, Beatriz y Escudé, Carlos (ed.), *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Grupo Editor Latinoamericano, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires.
- (1997), *El nazismo y los refugiados alemanes en la Argentina, 1933-1945*, Buenos Aires, Editorial Belgrano.
- Kollmann, Raúl (2005), "El regreso de los Sabios de Sión", *Página/12*, Buenos Aires, 28 de julio.
- Lvovich, Daniel (2003), *Nacionalismo y antisemitismo*, Javier Vergara, Buenos Aires.

- Márquez, Daniel (1995), "Conflicto e intervención estatal en los orígenes de la actividad petrolera: Comodoro Rivadavia (1915-1930)", en Márquez, Daniel y Palma Godoy, Mario, *Distinguir y comprender*, Proyección Patagónica, Comodoro Rivadavia.
- Martínez Zuviría, Gustavo (1935), "La Patagonia y sus problemas del coronel José María Sarobe", *Literatura argentina*, 83, Buenos Aires.
- Masés, Enrique et al. (1994), *El mundo del trabajo*, Neuquén 1884-1930, Universidad Nacional del Comahue, Neuquén.
- Masotta, Carlos (2001), "Un desierto para la nación. La Patagonia en las narraciones del Estado de la Concordancia (1932-1943)", ponencia en *4º Congreso Chileno de Antropología*, Universidad de Chile, Santiago.
- Meding, Holger (1994), "Refugio seguro. La emigración alemana de la postguerra al Río de la Plata", en Gurevich, Beatriz y Escudé, Carlos (ed.) *El genocidio ante la historia y la naturaleza humana*, Grupo Editor Latinoamericano, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires.
- (1999), *La ruta de los nazis*, Buenos Aires, Emecé.
- Ministerio de Agricultura de la Nación (1938), *Memoria correspondiente al período comprendido entre el 1º de enero de 1937 y el 20 de febrero de 1938*, Buenos Aires.
- Navarro Floria, Pedro (1999), *Historia de la Patagonia*, Ciudad Argentina, Buenos Aires.
- Newton, Ronald (1995), *El cuarto lado del triángulo*, Sudamericana, Buenos Aires.
- (1998), "Actividades clandestinas", en *Comisión para el Esclarecimiento de las Actividades del Nazismo en la Argentina (CEANA)*, Tercer Informe de Avance, Buenos Aires, policopiado.
- Pratt, Mary Louise (1997), *Ojos imperiales*, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Prislei, Leticia (2001) "El Despertar de un Pueblo: gestión política y debates culturales en una comuna socialista de La Cordillera patagónica (1933-1936)", en *Pasiones sureñas*, Prometeo/Entrepasados, Buenos Aires.
- Rapoport, Mario y colaboradores (2000), *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Ediciones Macchi, Buenos Aires.
- Reid, Pablo et al. (1992), *La infiltración nazi en la Patagonia*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- Robertson, Sidney Reuben (1948), *Making Friends for Britain: An Incursion into Diplomacy*, Guillermo Kraft, Buenos Aires.
- Serrano, Miguel (1995), *Adolf Hitler, el último avatar*, Bogotá, Editorial Solar, Bogotá.
- Tato, María Inés y Romero, Luis Alberto (2002), "La prensa periódica y el régimen nazi", en Klich, Ignacio (comp.) *Sobre nazis y nazismo en la cultura argentina*, Hispamérica, Maryland.
- Rouquié, Alain (1983), *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, t. 1,

Emecé, Buenos Aires.

Senkman, Leonardo (1989), "El antisemitismo bajo dos experiencias democráticas: Argentina 1959-1966 y 1973-1976", en *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

Vilaboa, Juan y Bona, Aixa (2003), "La transición de territorios nacionales a nuevas provincias: el caso de Santa Cruz", *Espacios*, 26, Universidad Nacional de la Patagonia Austral, Río Gallegos.

Zuleta Álvarez, Enrique (1975), *El nacionalismo argentino*, La Bastilla, Buenos Aires.

RESUMEN

Este artículo procura rastrear las representaciones del espacio patagónico que difundieron voces del nacionalismo argentino entre 1934 y 1943. Esta investigación se ha servido de la revisión de fuentes periodísticas nacionalistas (*Crisol*, *El Pampero*). Se pone especial acento en la forma de representar a los residentes extranjeros de la Patagonia: los chilenos fueron conceptuados como una quinta-columna al servicio de una siempre inminente invasión orquestada por La Moneda. Por otro lado, el territorio del Sur se les antojaba a los nacionalistas como el mejor laboratorio para un gobierno directo de las F.F.A.A. sobre la población y los recursos naturales, atendiendo a la promoción de la seguridad y desarrollo nacional.

El objetivo final de esta pesquisa gira sobre el estudio de las representaciones nacionalistas de la Patagonia en el siglo XX, representaciones que permitieron la selección de este espacio como uno de los favoritos para los imaginarios conspirativos. Si, como expuso Hannah Arendt, la definición del enemigo no es una cuestión menor para una ideología, tampoco lo es determinar el lugar donde se cree que el enemigo se esconde y conspira.

ABSTRACT

This article tries to recover the Patagonia representations used and spread by Argentine nationalist between 1934 and 1943. This research, based in the analysis of two nationalist journals (Crisol, El Pampero), is mainly focused in the way that these periodicals imagined foreign inhabitants in Patagonia: Chilean people were conceived as a clandestine fifth-column destined to assist militarily to the Chilean troops during an imminent invasion to Argentine southern lands. On the other hand, Patagonia was, in the nationalist thought, the best space to develop a military-ruled government on human and natural resources, attending to the combined promotion of industrial growth and national security.

The main purpose of this research is concentrated in the reconstruction of the nationalist representations of Patagonia during the 20th century attending to the fact that this territory was systematically selected as supposed stage for plot mythologies. If, as Hannah Arendt has exposed, defining the Enemy is a major issue in an ideology, same could be said for determining the place where this Enemy is believed to hide and conspire against the Nation.